

LOS ESTADOS UNIDOS EN UN AÑO DE ELECCIONES Y PREOCUPACIONES

Sólo dos veces desde 1789 han podido los Estados Unidos acercarse al momento de celebrar unas elecciones presidenciales en circunstancias tan anormales—excepcionales—como las de este año de 1968. Y aún se podría decir algo más: que en ninguna de esas dos ocasiones en las que había algo que pugnaba por distraer la atención del norteamericano medio, que en un año como éste suele concentrarse de manera exclusiva en el gran tema de las elecciones, podría la situación general, el panorama agitado por el interés o el apasionamiento con que se discutía o atendía a la discusión en torno a personas y temas electorales, parecer tan cerrada, tan sombría, tan sin horizontes y perspectivas como ahora.

A pesar de que tanto en 1864 como en 1944 se llegó a unas elecciones presidenciales norteamericanas en circunstancias que podrían, en cierto modo, tenerse por más graves aún o más acuciantes que las de ahora, por estar en el primero de estos años en curso la guerra de secesión o civil, con escenario de matanzas y turbulencias en el propio suelo nacional, y estar metida de lleno la nación en el segundo en el más ancho y más devastador de los conflictos internacionales, acaso sea posible insistir en que la situación de ahora es única. No sólo en cada uno de esos dos años anteriores se estaba pasando por tremendas conmociones que bien podían producir la impresión de que se acercaban ya al desenlace, sino que se podía tener también la convicción, acaso la certeza, de que había algo más en uno y otro caso que muy tenebrosos presentimientos sobre el futuro.

De pensarse, en un año y el otro, en algo más que el ambiente y la inclinación a seguir adelante con el ritual que al hacerse costumbre daba sanción histórica al propósito de no admitir siquiera la posibilidad de que se produjese alteración alguna y menos todavía desviación en el ritmo sosegado de una vida dedicada a la consolidación y perpetuación de las instituciones

básicas de una democracia representativa, hechos como las guerras son accidentalidades de la vida, mientras que la celebración regular y ordenada de las elecciones es la garantía misma de que la vida ha de desarrollarse, en definitiva, dentro de cauces aceptables. Es más, satisfactorio.

Aparte cualesquiera otras consideraciones—y son muchas, sin duda, las que podrían llamar un poco la atención—, sobresale, se destaca muy por encima de todo el hecho de la total, absoluta regularidad de las elecciones norteamericanas, en tiempo de paz o de guerra, de prosperidad o de crisis, de rápido, a veces alucinante, desarrollo y expansión y de trastornos, agitación y hasta serios desórdenes. Tal vez lo único que no haya sido posible hasta ahora en los Estados Unidos es romper el ritmo, que ha llegado a ser asombroso precisamente por la constancia y la uniformidad de su desarrollo, de la vida política nacional desde los días en que, en largos, a menudo apasionados, debates, los *Founding Fathers* fueron ideando y dando forma a un sistema de Gobierno que bien puede ser considerado como original, con la división de poderes, por un lado; con los *checks and balances* (frenos y equilibrios), por el otro, y con el espíritu del *compromise* a manera de enlace o ligazón, a la vez muy resistente y muy flexible.

* * *

Al acercarse las elecciones de este año, tan excepcional, ya con la campaña electoral en pleno desarrollo desde la celebración de las elecciones primarias del Estado de New Hampshire—no sólo la iniciación oficial de esta campaña está a meses de distancia todavía, sino que sus acontecimientos principales, las asambleas nacionales (*Conventions*) de los dos grandes partidos de turno están señalados para el mes de agosto próximo, uno al principio y otro al final—y establecer algún grado de comparación con esos otros dos años, también excepcionales, dos cosas, contrastes, en particular saltan claramente a la vista.

Una, la variedad y complejidad de las grandes cuestiones que tiran con fuerza, incluso con violencia, de la atención y el interés del norteamericano medio, en esta ocasión mucho más que en las dos anteriores, hasta el punto de situarse a menudo muy por encima de lo que ha solido ser nota absolutamente dominante de la vida nacional norteamericana en un año de elecciones presidenciales. Haciendo compañía a la guerra, en 1968 bastante menos importante, en cualquier caso en términos relativos, que las guerras de 1864

y 1944, se encuentran ahora cosas como la situación interna del país, resumida en ese estado de conflicto racial, social y económico entre una mayoría blanca y una minoría negra de la población, entre lo que fue uno de los motivos principales de la guerra de secesión de hace algo más de un siglo y un estado de cosas interno y externo que se resume en la situación de aparente debilidad en que se encuentra el dólar, el patrón monetario nacional, que se ha visto convertido en la única, prácticamente, divisa de reserva del sistema monetario internacional.

Otra, el llamativo—paradójico también—contraste entre la situación de hoy y la de 1864 y 1944, porque en ambas ocasiones anteriores, siempre sería posible, a pesar de todo y por encima de todo, aludir a una sensación, a un espíritu de unidad nacional (sin dejar de tener en cuenta, por supuesto, que apenas sería posible pensar en un ambiente menos indicado para esto que uno dominado por una situación de guerra civil o de secesión) que podía encontrar alguna justificación en el carácter especial que parecía tener la candidatura presidencial que tanto en 1864 como en 1944 alcanzó el triunfo, una candidatura a la que con bastante razón se podría atribuir un carácter nacional más bien que de partido, que es lo que han sido siempre las candidaturas presidenciales en los Estados Unidos. A pesar de diferencias y discrepancias, de intereses y anhelos, de deseos de paz o de continuación de la guerra hasta el alcance de una victoria decisiva y definitiva, en un caso y el otro, se podía hablar de una candidatura nacional, la triunfante, que se presentó en 1864 como de Unión y que estaba formada por un candidato que había sido—según siendo, sin duda—republicano, Abraham Lincoln, con aspiraciones a sucederle a sí mismo, y otro que había sido demócrata, aunque demócrata de la guerra, como se decía entonces, Andrew Johnson, y en 1944 como demócrata, sin duda, pero con el antecedente de haber solicitado y encontrado una larga y eficaz participación y colaboración de altas personalidades del partido contrario, el republicano, en las tareas de Gobierno, tanto para la guerra como para la paz, para el desarrollo continuado de la política externa y la política interna. Hoy la situación es bastante distinta. Y, por tanto, singularmente característica de lo que se quiere interpretar o describir como un estado nacional de desilusión, desaliento y, en definitiva, división.

No deja de ser curiosa la circunstancia de que esa especie de política nacional, aspiración y símbolo de una época, acaso un poco la expresión también, que se inició con John Fitzgerald Kennedy, quizá más que figura de

un partido la representación y culminación de un estado de ánimo impetuosamente juvenil y nada inclinado hacia el lado de las consideraciones históricas de carácter partidista, parecía estar naufragando de una manera total en los días en que se estaba iniciando la campaña electoral de este año. Porque las dimisiones de dos secretarios—ministros—de la actual Administración, podían tener una significación especial y mayor que la que podrían arrancar del hecho de tratarse, en un caso y el otro, de personalidades que habían alcanzado renombre y prestigio por su especial capacidad, competencia y eficacia. Porque en el caso de Robert S. McNamara, durante siete años secretario de Defensa, un poco teóricamente, y en el de John W. Gardner, secretario de Salud, Educación y Bienestar desde 1965, se trataba de una representación republicana, aunque personal, por supuesto, en un Gobierno demócrata.

Aun cuando en la dimisión no hubiesen entrado, en uno y otro caso, consideraciones de carácter partidista, alguna significación podía tener el hecho, por circunstancial y caprichoso que fuese, de que a la entrada prácticamente de una campaña electoral, en la situación especial en que se encontraban los Estados Unidos, con el proceso de la escalada de la guerra del Vietnam siempre presente, se pudiesen producir dimisiones capaces de ser de alguna manera interpretadas como defecciones.

Pero, y esto sí que pudiera parecer sorprendente, en una situación como esta de ahora, con la división, la escisión, el partidismo y, en fin, el descontento general como una de sus notas dominantes, el lector medio se encuentra con la sensación extraordinaria de tener cerrados todos los caminos menos uno: ese que no le abre posibilidad alguna a la opción en los momentos en que empieza a sentir la sensación amarga, profundamente incómoda, de que eso con lo que cuenta es mucho menos que satisfactorio, y ha de ser, necesariamente, lo que ha de seguir teniendo después de las elecciones presidenciales del 5 de noviembre próximo.

Acaso por ser ya tanto el descontento y la preocupación, por causa de la guerra y del estado de cosas que se ha formado o desarrollado mucho en un ambiente de guerra, al elector medio norteamericano no parece quedarle otra salida, en el momento de ejercer la más fundamental de las funciones democráticas, que el hacer posible la continuación de lo mismo que ya tiene y que tan poca satisfacción le ha producido. Porque todo lo demás queda excluido,

poco menos que automáticamente, por razones que no se explican: se aceptan nada más.

* * *

Para el elector medio todas las salidas a la situación actual que no sean la continuación de lo que ya tiene desde las elecciones de 1964 son sencillamente inaceptables. (Esto no quiere decir, sin embargo, que no quede absolutamente posibilidad alguna de que después de noviembre se llegue a producir cambio en la Casa Blanca, en el caso, es decir, en que Lyndon B. Johnson, el actual presidente, opte por ser candidato a la reelección, lo que le aseguraría la designación en la Asamblea Nacional, cuya celebración debe empezar el 26 de agosto. Lo más probable, de no producirse algún cambio sensacional en los pocos meses que aún quedan hasta las elecciones, sería el triunfo de mister Johnson otra vez. Esto no puede decir, sin embargo, que se haya de descartar del todo cualquier otra solución, no como consecuencia de la derrota de mister Johnson en las elecciones, que se puede tener por muy improbable, al menos en el caso de no surgir en la oposición republicana un candidato más atractivo que los que por ahora aparecen proyectados hacia el plano de las mayores posibilidades de designación, sino de la posibilidad de que la presencia de un tercer candidato al frente de un partido nuevo, como George C. Wallace, ex gobernador del Estado de Alabama y esposo de la actual gobernadora, consiguiese lo que no se había dado hasta ahora por esta causa: que la elección del presidente para el período 1969-73 hubiese de ser decidida por el Congreso por no haber alcanzado ninguno de los dos candidatos principales una mayoría absoluta de votos en el Colegio Electoral. De ser muy reñida la votación entre los dos candidatos principales y de obtener el candidato de ese tercer partido un número suficiente, aunque siempre necesariamente pequeño, de votos para hacer imposible que ninguno de los otros dos alcanzase la mitad más uno de los llamados votos electorales, en los que cada uno de los 50 Estados tiene tantos como la suma de representantes y senadores en el Congreso de la nación, la decisión final habría de corresponder al Congreso. Y no del actual, en el cual hay una franca mayoría demócrata, sino del que se ha de formar después de esas mismas elecciones presidenciales y en el que el Partido Republicano cree tener esperanzas justificadas en alcanzar la mayoría, por lo menos en la Cámara de Representantes, lo que pudiera ser suficiente para influir de manera decisiva en el resultado, sólo hipotético, de semejante votación. Se trataría, en cualquier

caso, de una situación políticamente delicada, incluso de una situación de crisis política para una nación que no está, ciertamente, acostumbrada a ellas.)

Del estado de ánimo en que pudiera encontrarse el elector medio en el momento de acercarse a la urna, el martes 5 de noviembre de este mismo año, pudiera dar alguna idea el hecho de que es general el descontento cuando no la falta de apoyo también al presidente actual por la forma en que ha venido dirigiendo los destinos de la nación, en particular en una cosa: la guerra del Vietnam. La causa fundamental de este descontento está, sin duda, en el resultado de las elecciones presidenciales de hace cuatro años, cuando se pudo tener la impresión de que, con la guerra del Vietnam mucho más joven, en cualquier caso en lo relativo a la participación norteamericana, y mucho menos complicada, una de las mayores y más claramente definidas diferencias entre los dos candidatos principales a la presidencia, el demócrata Johnson y el republicano Barry Goldwater, arrancaba precisamente de la actitud que cada uno de ellos había adoptado o parecía haber adoptado en lo relativo a esa guerra y, sobre todo, la participación en ella de los **Estados Unidos**.

Porque mientras el candidato republicano se había mostrado partidario de una mayor, más activa y más enérgica participación e intervención militar norteamericana, en busca de una decisión rápida que fuese capaz de ser considerada como una victoria militar total sobre el comunismo, hasta llegar para conseguirlo hasta donde fuese necesario, no sólo con el empleo de agentes químicos para la total defoliación de la selva, a cuyo amparo se movía el enemigo, sino incluso con el recurso de las armas nucleares tácticas, que en más de una ocasión pudo haberse insinuado, el candidato demócrata había producido la impresión, a lo largo de toda la campaña electoral, que la intervención norteamericana en esa guerra sólo podría tener un carácter: el de la concesión de ayuda al pueblo survietnamita y a su Gobierno para evitar que pudiese ser vencido militarmente por una minoría que contaba, parecía estar contando, con ayudas e intervenciones externas. Pero sin llegar nunca, eso era lo que se insinuaba, por lo menos, en forma francamente característica, al derramamiento de la sangre de los *boys* norteamericanos en el inhospitalario suelo asiático como consecuencia de una intervención norteamericana en lo que, de hecho, eran asuntos ajenos a su competencia.

Para muchos, acaso para una gran mayoría de la opinión tanto norteamericana como extranjera, con Johnson en la Casa Blanca por decisión del mayor número de votos jamás alcanzado por un candidato a la presidencia

de los Estados Unidos, se fueron cumpliendo y dando realidad a los propósitos y las promesas que habían encontrado, a lo largo de la campaña electoral de 1964, el mejor vehículo de expresión en el candidato republicano, nunca en el candidato demócrata.

Se podía decir, se ha dicho, es más, que la razón fundamental del gran triunfo de Johnson estaba precisamente en el convencimiento a que había llegado una gran mayoría de la opinión de que él era el candidato de la paz en el Vietnam, y su rival, Goldwater, era el candidato de la guerra. Después de lo sucedido a lo largo de los cuatro años siguientes—a principios de 1965 empezó la acción de bombardeo sistemático, y poco menos que ininterrumpido del Vietnam del Norte, un bombardeo iniciado con tanto entusiasmo que se insinuó que habría de conducir en el plazo máximo de dos meses, a la petición de paz por parte de Hanoi, y en 1965 también, la guerra del Vietnam empezó a ser una guerra norteamericana con el Vietnam como campo de operaciones, y para lo cual una fuerza militar, que había llegado a reunir a unos 16.000 hombres entre consejeros, técnicos, especialistas, etc., pasó por un proceso de rápida inflación, hasta saltar ya muy por encima del medio millón—no podía quedar duda alguna sobre la actitud del presidente Johnson en cuanto a la guerra del Vietnam.

Es más, por causa de la guerra del Vietnam se fueron relegando a posiciones secundarias, incluso eliminando del todo, en un programa de Gobierno, tareas que se habían definido como fundamentales y al mismo tiempo urgentes. Todo lo que se resumía en el llamado programa de la Gran Sociedad, con la extirpación radical de la pobreza y la miseria, la discriminación racial y económica, el proceso de deterioro y decadencia de cosas y de hombres y cuyo exponente principal—alarmante también—eran los cascos urbanos de muchas ciudades transformados en *slums* con prisa vertiginosa: la formación, preparación y capacitación de núcleos importantes de la población para que se encontrasen en condiciones de adaptarse satisfactoriamente a un ambiente en estado de cambio y transformación y, en fin, tantas cosas con las que se esperaba dar cima, completar quizá, en los años de la Administración de Johnson, a la tarea que se había iniciado en los días de Roosevelt, con aquel *New Deal* con el que Johnson pareció estar tan encariñado, continuado con Truman y su *Fair Deal*, y que John F. Kennedy apenas había tenido ocasión de esbozar con su *New Frontier* y el espíritu tan nuevo que se quería traducir en el llamamiento a todos y cada uno para que se dirigiese

a la nación y le preguntase no lo que la nación podría darle, sino lo que la nación podría sentir la necesidad de pedirle.

Pero, y frente a esto, el elector medio norteamericano ¿hacia dónde podría volver la mirada, la atención?

* * *

No hacía el ex vicepresidente Richard M. Nixon, la personalidad republicana que aún parece contar, hoy por hoy, con mayores probabilidades de ser designado como candidato a la presidencia en la Asamblea Nacional, convocada para el 5 de agosto, a tres meses justos de las elecciones presidenciales. Porque cualquiera que pudiese ser su actitud hacia otras cuestiones, lo fundamental hoy para los Estados Unidos es la guerra del Vietnam, y sobre la guerra del Vietnam, la actitud del señor Nixon es más dura, si cabe, que la actitud de mister Johnson. Más susceptible, en consecuencia, de llevar las cosas por caminos que sólo se quiere que conduzcan a una victoria militar total. Y que no podrían conducir, no es posible siquiera imaginarse algo parecido en estos momentos, al desastre para la primera y más poderosa de las naciones. Esto no es, por supuesto, lo que quiere el elector medio norteamericano. Pero acaso no tampoco, aunque sólo sea por temor a las consecuencias de una actitud inflexible, a lo otro. Por lo menos a esa conclusión parecía lógico llegar después del resultado que dieron las elecciones de 1964 y del desarrollo constante del descontento nacional, y hasta de la oposición, a la guerra del Vietnam. O, por mejor decir, de la guerra de los Estados Unidos en el Vietnam.

Ante una situación así se comprende bien la actitud del caricaturista que presentó al elector norteamericano en dos actitudes: una que podría ser mezcla de temor y repugnancia al disponerse a cerrar el paso al presidente Johnson que asomaba a la puerta de su casa, para pedirle el voto, sin duda; otra de horror, sencillamente, al querer cerrar la puerta a la que había llamado mister Nixon y contra la cual empujaba, con el propósito decidido de seguir adelante.

Mister Nixon, que estuvo a punto de ganar las elecciones presidenciales en 1960, tiene muchas cosas en contra. Dos sobre todo: una actitud de escepticismo cuando no de franco recelo en una gran parte de la población y la influencia psicológica del hecho de haber perdido en dos elecciones importantes, después de una serie ininterrumpida de victorias, para gobernador del Estado de California la segunda, a lo que siguió una actitud que dejó en el

ánimo de muchos la impresión de que no sabía perder, para acabar abandonando definitivamente su Estado y trasladando la residencia a Nueva York, y para presidente más tarde.

Desde entonces se ha producido un gran cambio en la personalidad política de *míster Nixon*, tanto que incluso ha conseguido ganar simpatías y popularidad entre los mismos periodistas, que habían llegado a sentir hacia él verdadera aversión. Quizá por razones mucho más personales que políticas, puesto que *míster Nixon* en sus años triunfales había adoptado con frecuencia una actitud de intolerancia e impaciencia frente al periodista que no parecía estar dedicado a él con devoción. Pero con el cambio pudiera no haber suficiente. En particular en una situación como la actual, cuando pudiera tener frente a sí, como candidato a la presidencia—es probable que lo tenga, en el caso de alcanzar él la designación de su partido—, a un hombre que es ya presidente, es jefe nacional del primer partido político del país por razón del número de afiliados, y en la mayoría de las veces, de los votos también, y es por sí con todo lo demás no hubiese bastante, un político que domina hasta el más alto grado de perfección a que se haya podido llegar en el ambiente norteamericano el arte de la política, el arte de preparar las cosas para alcanzar el triunfo en unas elecciones.

Y fuera de *míster Nixon* no aparece, por ahora, personalidad alguna dentro o más allá del Partido Republicano, el de la oposición principal, capaz de hacer verdadera sombra al actual presidente. En el caso, es decir, en que llegue a ser, como quizá sea muy probable, el candidato demócrata a la presidencia en las elecciones del otoño. Ninguna de las personalidades con aspiraciones conocidas a la presidencia, con la posible y acaso remota excepción del gobernador de Nueva York, *Nelson Rockefeller*, que afirmó no tener interés alguno por el cargo de presidente para cambiar pronto de actitud, parece reunir más probabilidades de éxito que *míster Nixon*. En cualquier caso en la Asamblea Nacional del Partido Republicano. Porque en cuanto a las elecciones de noviembre, la situación general es muy poco clara.

Otro tanto se podría decir en cuanto a posibles aspirantes del partido del propio presidente. Con una posible, y muy remota quizá, excepción: la del senador *Robert F. Kennedy*, hermano del presidente asesinado en 1963, y quien, junto con su hermano, más joven y también senador, *Edward*, se ha venido perfilando como un crítico constante, duro y apasionado de la política de guerra de *míster Johnson*, de lo que pudiera ser—deberá ser—el tema fundamental de la campaña electoral en curso.

Pero todo es paradoja, contradicción y confusión en el panorama político norteamericano, atormentado y deformado por la guerra del Vietnam, en estos meses de preparación de las elecciones presidenciales. Porque si se ha llegado a tener alguna vez la impresión de que un candidato de la oposición, casi cualquier candidato posible de la oposición republicana, podría tener poco menos que asegurada la victoria, tan extendido parecía estar el descontento con la política del presidente Johnson, esta impresión optimista acaso hubiese de ser sometida a un serio proceso de revisión antes de que llegue el momento de la designación formal del candidato republicano a la presidencia. Porque una serie de factores importantes se ha ido proyectando lenta y gradualmente hacia un plano de primera y preferente actualidad. Ante todo estos tres:

- El Partido Republicano sigue siendo francamente minoritario desde un punto de vista nacional, con alrededor de un 27 por 100 del censo electoral, demasiado poco para descansar esencialmente en sus propias fuerzas y programa en un año de elecciones presidenciales.
- La impresión o el convencimiento de que con cualquier candidato, prácticamente, el Partido Republicano podía considerar que este año era el de la gran oportunidad para volver a la Casa Blanca, parece haber fortalecido mucho la posición, muy minoritaria dentro del partido en general, pero con una gran fuerza e influencia en sus órganos de dirección, que fue la causa principal de la tremenda, casi escalofriante, derrota sufrida en las elecciones de 1964, hasta alcanzar el punto de una posible escisión y fragmentación, que podría ser el fin, sencillamente, de su vida como un gran partido nacional, algo que en cierto modo había sucedido también en alguna otra ocasión anterior.
- La tendencia poco menos que irresistible en el Partido Republicano hacía un extremismo que puede considerarse como la mejor, acaso la única manera de hacer una afirmación solemne de una personalidad propia que parece condenada, desde hace años, desde los días de Calvin Coolidge, por lo menos, en la Casa Blanca, a desvanecerse y diluirse en el gran ambiente de moderación aburguesada de una clase media próspera y satisfecha, que ha llegado a ser uno de los rasgos dominantes del panorama político norteamericano y la explicación, en gran parte, del rápido crecimiento del Partido Demócrata, hasta alcanzar el punto de ser sólo dos veces, y por la misma persona,

derrotado en una elecciones presidenciales desde 1932, el comienzo del *New Deal* con la victoria de Franklin D. Roosevelt. Y acaso valiese la pena recordar que en la dirección del Partido Demócrata se llegó a pensar en hacer el ofrecimiento de la candidatura al general Eisenhower para las elecciones de 1952.

Aunque para los que podrían creer que la victoria republicana acaso fuese menos fácil de conseguir que lo que llegó a ser una impresión bastante generalizada cuando los resultados de las encuestas populares colocaban al presidente Johnson claramente por debajo de casi cualquier posible aspirante republicano a la presidencia, pudiese ser requisito indispensable que el candidato republicano reuniese dos condiciones esenciales:

La moderación, que había sido rasgo acusado de los candidatos republicanos a la presidencia desde Coolidge hasta Goldwater, y una posición sobre la guerra del Vietnam que se diferenciase lo más posible, acaso radicalmente, de la que habría acabado por identificarse como la política de guerra del presidente Johnson.

Ninguna de estas dos cosas resultaría fácil encontrar en una de estas personas. Primero, por el sedimento de recelo y encono que había dejado detrás de sí la campaña electoral de hacía cuatro años, cuando el ala liberal y moderada del Partido Republicano, encabezada por los gobernadores de Nueva York y Pensilvania y otras llamativas personalidades, adoptó una actitud que en casos extremos pudo considerarse como de oposición cerrada al sector triunfante en la Asamblea Nacional, el que dio la elección como candidato a Goldwater, hasta actuar incluso en forma que podría considerarse como favorable a una victoria demócrata en las elecciones. Después, porque en cosas como la guerra del Vietnam podría decirse que el Partido Demócrata hacía una política que coincidía, en todo lo fundamental, con la posición, la actitud y el interés del Partido Republicano, considerado casi siempre como el *war party*, el partido de la guerra, a pesar de que en todas las guerras importantes en que los Estados Unidos tomaron parte después de la hispanoamericana, a fines del siglo pasado, era el Partido Demócrata, no el Partido Republicano, el que se encontraba en el poder cuando se produjeron y se llevaron a cabo. En la guerra anterior, la de Corea, fue un candidato republicano, no demócrata, el que prometió ir a Corea, si salía victorioso, con la insinuación inconfundible de que se proponía hacer el viaje en busca de la paz, no de la continuación de la guerra.

Con todo, y esto se ha podido ver claro a lo largo de intervenciones y declaraciones del ex vicepresidente Nixon, considerado por muchos como la personalidad que en mayor grado gozaba del favor y la confianza de las direcciones estatales del Partido Republicano, apenas se podría sostener que en el caso de ahora—en otros casos anteriores también—el Partido Republicano encontraría cómoda una actitud pacifista cuando la nación estaba en guerra. O en condiciones que podrían desembocar en una guerra.

Conviene, sin embargo, no perder de vista la necesidad en que está el Partido Republicano—en realidad cualquier partido, pero el republicano en mucha mayor medida que el demócrata—de adoptar un programa que resulte lo más atractivo posible para el mayor número posible de electores. Y que en ese caso pudiera ser esencial una posición moderada, tanto para cosas de paz como de guerra. Una posición, en fin, como la que parecían representar figuras como Rockefeller, que había empezado por descartarse, acaso total y definitivamente, por decisión propia y por la fuerza de unas circunstancias que no le han sido favorables desde la Asamblea Nacional de su partido de 1964, y George Romney, el gobernador de Michigan, que después de sacar de una situación de bancarrota a una gran fábrica de automóviles y de amasar una respetable fortuna se sintió atraído por la política y se presentó candidato a gobernador del Estado de Michigan, para realizar allí una labor, que ha sido calificada de muy meritoria, y preparar de ese modo el camino para llegar, aspirar por lo menos a llegar, a la Casa Blanca, hasta tomar la decisión de retirarse días antes nada más de las elecciones primarias de New Hampshire.

La moderación, la tendencia a las frases hechas y hasta lo que más de una vez pudo crear la impresión de que no tenía una idea muy clara de lo que se propondría hacer en el caso de ser elegido presidente, o, por lo menos, que si podía tener de todo ello una idea clara, no había dado con la manera de expresarla en forma que pudiese ser satisfactoria para quienes le escuchaban, habían acabado por llevar al gobernador Romney, prestigioso hombre de negocios, ilustre mormón y excelente administrador, al convencimiento de que la Casa Blanca podría estar esperándole. Siempre que, para cuando se celebre la Asamblea Nacional del Partido Republicano primero y las elecciones presidenciales más tarde, la situación general, en los Estados Unidos ante todo, en el resto del mundo también, fuese menos inquietante y, en definitiva, tormentosa.

Pero en un ambiente como el de ahora, que va llevando al ánimo de

mucha gente, acaso alguna más cada día, la sensación incómoda de que no queda ya más remedio que hacer frente a la situación, con guerra, con una moneda débil y con la perspectiva alucinante de nuevos y más graves desórdenes interiores que los del largo y agrio verano del descontento y casi la insurrección de 1967, ¿podría ser aceptable un hombre que llegó a meterse los pies en la boca, como es corriente decir por los Estados Unidos del que incurre en graves disparates, para decir que había sido sometido a un «lavado de cerebro» por parte de los generales de su propio país en ocasión de una visita hecha al Vietnam del Sur en guerra?

El solo hecho de que el gobernador Romney hubiese continuado durante algún tiempo haciendo demostración de que mantenía su nombre como aspirante a candidato, llegó a creerse que sólo sería la demostración, más que de una falta de sensibilidad política, que de haber existido le hubiese aconsejado abandonar de una vez—como al fin lo hizo—cualquier aspiración de esta clase, del estado de confusión, contradicción y, en el fondo, debilidad interna del Partido Republicano. Porque acaso la única justificación posible que pudieran tener el gobernador Romney y sus consejeros y partidarios sería el mantener abierta la puerta de acceso a la designación de candidato para el gobernador de Nueva York, Rockefeller, con enorme popularidad, prestigio y apoyo en el sector oriental de su partido, con capital en Nueva York y con enorme fuerza en los más altos medios financieros, industriales y de los negocios en general, en lo que había sido el gran motor del partido hasta que fue creciendo y desarrollándose por toda la región central y occidental. Es por ahí, cuna en otro tiempo de progresismo y el radicalismo; donde ha nacido y ha alcanzado un alto grado de desarrollo ese extremismo, que logró un triunfo sensacional con la designación de Goldwater como candidato republicano a la presidencia en 1964.

* * *

Es parecida, aunque acaso menos crítica o, sin duda, menos dramática, la situación en que se encuentran sectores influyentes y quizá hasta importantes del Partido Demócrata, los que en mayor o menor medida están descontentos con la política de guerra de su presidente y cuyo elemento de expresión más característico y significativo acaso sea el A. D. A. («Americans for Democratic Action»), una organización salida de sectores afines cuando no identificados del todo con el Partido Demócrata, pero con miras a favo-

recer la designación primero y la elección después de candidatos liberales y progresistas. Esta organización, actualmente presidida por el profesor y ex embajador John Kenneth Galbraith, ha llegado a gozar de una influencia considerable por algunas partes de la nación, en particular la más oriental. Hace unos meses ha tomado la decisión, por una fuerte mayoría, de apoyar al senador Eugene McCarthy como aspirante, primero, y candidato demócrata a la presidencia, después, en el caso de salir elegido por la Asamblea Nacional de su partido, lo que podría considerarse como una imposibilidad total siempre que, como pudiera parecer altamente probable, el presidente Johnson decidiese ser candidato de nuevo.

Como la expresión de un estado de descontento, el senador McCarthy quizá pudiese ocupar en el Partido Demócrata una posición comparable a la del gobernador Romney en el Partido Republicano: una posición capaz de producir una reacción que asegurase de manera rotunda y definitiva la victoria de la candidatura que se podría calificar de ortodoxa, Nixon en su caso, Johnson en el otro. Y que generase también posibles actitudes de resistencia, incluso de revulsión, susceptibles de producir reacciones negativas nada más: de una abstención en el momento de las elecciones, acaso más perjudicial para un candidato—el actual presidente—que para el otro, y tal vez por eso mismo, con alguna mayor perspectiva, de que la presencia de un tercer candidato, el ex gobernador de Alabama, colocase a los Estados Unidos en la situación en que no se encontraba esta nación desde hacía siglo y medio con unas elecciones presidenciales en las que habría de ser necesaria la decisión del Congreso.

Si así llegase a suceder, podría ser irónica, acaso fantástica, la salida de una situación en la que se dijo había tenido una intervención discreta, pero activa, el propio presidente Johnson al aconsejar, eso se dijo, a los demócratas de California que firmasen la petición hecha en nombre de Wallace para que pudiese figurar en las elecciones primarias del próximo junio como candidato de un tercer partido y para lo cual era necesario contar con cerca del medio millón de firmas. La razón de esta maniobra, de haber existido—se ha hablado de ella como de algo que ha existido, ciertamente—, arranca del convencimiento de que el ex gobernador de Alabama podría réstar algún voto al presidente Johnson en los Estados del Sur, pero se esperaba que restase muchos votos, francamente conservadores, y en particular racistas, a míster Nixon, en el caso de que éste llegase a ser el candidato republicano a la presidencia. De esta manera, la candidatura de Wallace al frente

de un tercer partido acabaría siendo mucho más beneficiosa que perjudicial para el presidente Johnson.

En cualquier caso, la situación parece más complicada, más confusa, porque una de las características más acusadas en los comienzos de la campaña electoral de este año en los Estados Unidos es la falta de entusiasmo, incluso de fe, en cualquiera de las personalidades que parecen contar con mayores probabilidades de éxito en las respectivas asambleas nacionales. Lo que se dijo del senador McCarthy, que podía contar con grandes simpatías, acaso con devoción y hasta entusiasmo en muchas partes, hasta que se tenía la ocasión de oírle hablar, el momento embarazoso en que todo parecía venirse abajo, quizá por producir la impresión de que el primero que no tenía fe ni entusiasmo por sus propias aspiraciones era él mismo.

Acaso a lo más a que se pudiera haber llegado, por lo menos en los comienzos de la campaña electoral, sería a pensar que McCarthy tenía una función muy especial que llenar: el crear o mantener la impresión de que en el momento oportuno surgiría impetuosa la candidatura de Robert F. Kennedy, el hermano del asesinado presidente, que parecía estar predestinado a ser acaso némesis más bien que rival político del presidente Johnson, pero quien ha producido la impresión de haberse eliminado decisivamente de la lucha electoral de este año, al igual que en el otro gran partido hizo el gobernador Rockefeller.

Pudiera decirse que la campaña electoral de este año se parece a la de 1960, en estos preliminares cuando menos, que empiezan con las elecciones primarias de New Hampshire, el 12 de marzo, se acentúan considerablemente con las elecciones de la misma clase, el 2 de abril, en Wisconsin, alcanzan un punto culminante en las de California, el 4 de junio, para desembocar en las asambleas nacionales de los dos grandes partidos (*Conventions*) esas instituciones políticas peculiares del panorama norteamericano que tienen vida, durante unos días tan sólo, una vez cada cuatro años, y que este año están convocadas para el mes de agosto: la republicana para el día 5, y la demócrata, que en el pasado solía ir siempre delante, para el 26. Pero también aquí se podría decir que todo parecido con una situación determinada es pura coincidencia.

La situación que parece perfilarse como dominada por dos personalidades, consecuencia de un proceso de eliminación que tiene a la mediocridad como una de sus características más acusadas, se parece y se diferencia a la vez de la de hace ocho años en el ambiente y en algunas de sus circunstancias

especiales. El ambiente es de tensión, acaso de lucha, con tendencia hasta ahora inconfundible a ir creciendo, por lo que, tanto en lo nacional como en lo internacional, la situación parece ser mucho más delicada hoy que entonces. Las personas que se acusan con mayor fuerza son las mismas o muy parecidas, por un lado, la del vicepresidente Nixon; pero no por el otro, del que ha desaparecido la juventud carismática de John F. Kennedy.

De no ser tanta y tan irresistible la presión de otros factores de apariencia absolutamente dominante: la guerra del Vietnam, la impresionante pérdida de posiciones de los Estados Unidos en el panoramá internacional que viene a producirse en los momentos en que está en ascendencia el poder y la influencia de la Unión Soviética (que acaso ya no debería de confundirse de ninguna manera con un posible poder y una posible influencia del comunismo internacional, lo que al menos por una gran parte del mundo ha perdido muchas más posiciones que ha ganado desde los días de la guerra fría en adelante) quizá pudiera pensarse en la campaña electoral norteamericana de este año como la gran oportunidad para debatir y discutir una gran cuestión, que es, sin duda, causa de preocupación, quizá de tortura también, para muchos, que pueden no estar obsesionados todavía con una escalada en el Vietnam que desemboque en el empleo de las armas nucleares tácticas.

* * *

No duerme, no ha podido dormir nunca, la cuestión de la forma en que se cortó la vida de un presidente norteamericano cuando mayores parecían ser las promesas de una juventud excepcional. Un poco antes de esas elecciones primarias, que son en cierto modo el comienzo de lo que bien pudiera ser la más importante y significativa de las campañas electorales norteamericanas, se pudo leer, con la cara de asombro que puede producir lo que es a la vez algo absolutamente inverosímil y una aterradora realidad, lo que dijo ese extraño fiscal de Nueva Orleans, Jim Garrison, para ser reproducido en un programa de televisión, *Panoramek*, holandés. «El presidente Kennedy —dijo ese funcionario público norteamericano— fue asesinado por elementos de la C. I. A. Los que se vieron implicados en el asesinato trabajaron laboriosamente para dar de ello una presentación tal que las sospecha hubiese de recaer sobre otros. Esta manera de organizar un asesinato es el procedimiento normal en la C. I. A.»

No se conformó Jim Garrison, de quien se ha dicho que hay en su vida

antecedentes psiquiátricos y quien lleva mucho tiempo dedicado a lo que parece ser el apasionado propósito de confirmar la impresión de muchos, entre los que figuran docenas ya de autores de libros sobre la cuestión, de que el presidente Kennedy no fue asesinado por Lee Harvey Oswald, como ha asegurado con rotunda solemnidad la Comisión Warren, con hacer una acusación a la vez tan grave y tan clara. Citó nombres y circunstancias. El presidente Johnson, dijo, sabe que la C. I. A. («Central Intelligence Agency», la grande y poderosa organización de espionaje, contraespionaje y subversión de los Estados Unidos) había asesinado a Kennedy, porque nombró una comisión de investigación formada exclusivamente por personas favorables a la C. I. A.: Allen Dulles, que fue director de la C. I. A.; el senador Richard Russell, miembro de la comisión encargada de los asuntos de la C. I. A.; el representante Gerald Ford, a quien describió como el mejor amigo de la C. I. A., y John J. McCloy, que fue director de la O. S. S. («Office of Strategic Services», organización de espionaje y otras actividades de los días de la Segunda Guerra Mundial), que posteriormente se transformó en la C. I. A.

Lo llamativo, espectacular a veces, en situaciones como esta es la aparente facilidad con que se habla de cosas susceptibles de presentación en forma insinuante, sugestiva y al mismo tiempo aterradora. Y que se lleguen a decir esas cosas abiertamente y en ocasiones, con la aparente autoridad que da el llenar una función pública de la significación de esa de mister Garrison, con autoridad suficiente para iniciar, por lo menos, procesos judiciales. Y que se llegue, además, y como en este mismo caso, no sólo a lanzar acusaciones terribles contra una poderosa organización del Gobierno de la nación, sino a decir que «el próximo presidente de los Estados Unidos que trate de poner frenos a la máquina de la guerra y a traer la paz a este país (los Estados Unidos), será también asesinado».

¿Podría necesitarse más que esto como gran tema de debate, como piedra de escándalo, es más, para la campaña electoral de los Estados Unidos, una potencia donde la tendencia al escándalo en periodos de agitación electoral ha sido la norma mucho más que la excepción?

Acaso no se podría encontrar mejor insinuación—prueba tal vez—sobre el estado de gravedad en que se halla la vida política de esta nación que la posibilidad, quizá probabilidad, de hacer que salte a la superficie de este agitado, turbulento ya, panorama electoral eso mismo que el fiscal Garrison busca mantener en un plano de apasionante actualidad. A pesar de contar

con la perspectiva de verse sumergido, este año por lo menos, por la presión avasalladora de cuestiones de tal importancia como la guerra del Vietnam. De lo que se podría resumir, en definitiva, en tres capítulos: el de la guerra del Vietnam misma y todo lo que con ella tiene alguna relación directa, como el estado de confrontación creciente de fuerzas y poderes con tendencias de una naturaleza inconfundiblemente económica, con la consiguiente inclinación irresistible a la escalada, de lo que precisamente por causa de esta confrontación es poco menos que imposible que pueda tener otra resolución que la que vaya saliendo de la intensificación y expansión de lo que sólo en la escalada encuentra salida para el estado de asfixia que se produce en el momento en que se cae en una situación vacilante, la consecuencia inevitable del temor a que el camino de la escalada sea, en definitiva, el del holocausto, el espasmo nuclear; el de crisis de las ciudades, esa situación de deterioro que es acompañamiento inevitable de la vida y que suele encontrar estímulos poderosos, a menudo de fuerza irresistible, en períodos de excepcionales, con grandes, a veces espectaculares, cambios y transformaciones; científicos, tecnológicos, económicos, sociales, o del rápido crecimiento de serias, en ocasiones alarmantes tensiones internas cargadas de emoción y temor, como suele darse en los grandes conflictos raciales o religiosos, y, finalmente, el que bien puede presentarse ya como la crisis del dólar, consecuencia de errores, alegrías y despreocupaciones que han acabado por crear una situación de serio peligro para la posición de los Estados Unidos en el exterior y de gran inquietud interna, porque hay pocas cosas con una fuerza tan profunda y anchamente dislocadora, como la sensación que deja el convencimiento de que la moneda que se tiene en la mano, que se acaba de recibir como compensación de un esfuerzo o a cambio de la enajenación de algo que se ha podido considerar necesario o deseable, pierde valor precisamente en ese tiempo mismo en que se la retiene en las manos. Porque sólo en momentos así se llega a plantear una cuestión de aterradoras dimensiones: Si en el dinero no es posible encontrar una sensación de seguridad, ¿en qué o dónde será posible encontrarla?

* * *

Apenas empezada la campaña electoral norteamericana de este año se ha podido tener el convencimiento de que pudiera estar llamada a tener dos rasgos dominantes: la falta de interés que surge de la esca-

sez notoria de aspirantes a la nominación por uno y otro de los dos grandes partidos de turno, tanto por el lado republicano como el demócrata—en éste de una manera poco menos que absoluta en el caso, que parece ser altamente probable, de que el presidente Johnson decida ser candidato a la sucesión de sí mismo—, y la relativa, desapasionada quietud que surge de la sensación de que nada hay, ni puede haber, en este año de elecciones presidenciales capaz de desviar los acontecimientos de un curso que el destino parece haber fijado previamente y con claridad y precisión inconfundibles. Porque a menos que de aquí al mes de agosto próximo se produzca algo realmente extraordinario, nada hace pensar en que con el gobernador Rockefeller, autoeliminado con decisión, que llegó a parecer definitiva, para alterarse, a causa de la retirada de George Romney, o con el senador Robert Kennedy, resuelto a no ser candidato a la presidencia antes de 1972, sólo se podría tener por delante la perspectiva de una disputa electoral sin interés especial, sin emoción alguna. Al menos por el lado más importante, el fundamental hasta ahora. Para encontrar acaso alguna compensación en los cambios posibles en la composición del Senado y la Cámara de Representantes, con la probabilidad, es más, de continuar hasta noviembre una situación parecida a la de estos días, de que pierdan los demócratas la mayoría en esta última. En el Senado, sin embargo, es poco menos que imposible que el Partido Demócrata deje de estar en posición mayoritaria, aunque dado el carácter especial del panorama político nacional esto no haría falta para que un presidente demócrata se encontrase en los próximos cuatro años con una oposición resuelta en el Congreso a todo lo que pudiese ser interpretado como el propósito decidido de continuar adelante con una política económicosocial dominada por el propósito de conquistar el favor de las masas por el procedimiento de las concesiones legislativas.

Hasta el momento en que se fueron quedando atrás las primeras elecciones primarias y cosas como la marcha pacífica hacia Washington o sobre Washington que el reverendo Martin Lutero King estuvo organizando durante semanas, apenas se podía pensar en cosas más importantes que la guerra del Vietnam, que con la llamada ofensiva del «Tet», el año nuevo lunar vietnamita, entró en una fase que por parecerse mucho a lo imposible fue capaz de llevar interés y atención a ese estado de confrontación, que fue causa de situaciones de verdadera crisis en el pasado y podría volver a serlo en cualquier ocasión, o la situación de mucha, acaso angustiada debilidad del dólar como notas realmente dominantes de una campaña electoral de tan

apasionado y vital interés para el mundo, que a veces casi estaría justificado preguntar por qué el resto del mundo no habría de tener también en ella una intervención y participación directas. Lo de la guerra del Vietnam está demasiado a la vista, desde hace tanto tiempo ya, para justificar aquí otra cosa que la mención de lo que es uno de los acontecimientos principales, acaso decisivos también, de nuestra época.

Pero lo del dólar adquirió una especie de interés alarmante a la vez que escandaloso con el llamamiento—el propósito más bien—del presidente Johnson de poner remedio a una situación que se decía no podía continuar porque llevaría al país a la primera, más impresionantemente poderosa y más rica de las potencias, a la ruina si no se tomaban medidas inmediatas y enérgicas para regular y limitar la salida de dólares hacia el exterior, hacia Europa sobre todo.

No es fácil describir brevemente el estado de ánimo de una gran potencia en la que se ha tenido, a lo largo de años y generaciones, a la prosperidad y a la igualdad de oportunidades que de ella es capaz de sacar el mayor rendimiento y provecho, en el momento de escuchar a su propio presidente hablar de la prosperidad precisamente como un gran peligro, que por causa de la inflación, algo que ahora se ha llegado a sospechar, por vez primera, que es condición inherente de la prosperidad misma, amenaza a la vida nacional de los Estados Unidos.. Oír al presidente Johnson advertir a los norteamericanos sobre el peligro de la prosperidad, y oír al presidente de la Junta Federal de Reserva, William McChesney Martin, hablar del oro como «un metal bárbaro», pudiera ser tan asombroso como incomprensible. En el caso es decir, de no pensar en situaciones como ésta en que, desde el punto de vista financiero, se encuentra ahora su nación.

No hace mucho todavía que míster Martin pensó nada menos que en George Bernard Shaw, con una inclinación irresistible hacia el socialismo, aun cuando en su caso se tratase de un socialismo especial, el fabiano, pero sin perder por ello simpatía y acaso admiración también por el socialismo soviético, para hablar del oro en un sentido muy distinto y mucho más simpático, por lo menos para su tradicional sentido conservador de una vida en la que el dinero juega, ha de jugar, un papel sencillamente fundamental. Decía míster Martin, con palabras del Bernard Shaw de 1928:

«Ha de escoger usted (como votante) entre la confianza puesta en la estabilidad natural del oro y la estabilidad natural de la honradez y la inteligencia de los miembros del Gobierno.

«Y—añadió Bernard Shaw y repitió mister Martin—con el respeto debido a esos caballeros, yo le aconsejo que mientras el sistema capitalista dure, vote por el oro.»

Por el oro, en una forma u otra, se ha votado en el país donde se ha llegado a decir, con un sentido dominado por una ironía francamente irrespetuosa, que en vez de llevar a las monedas acuñadas la consigna de *In God We Trust*, lo que, en realidad, se quiso decir es *In Gold We Trust*; es decir, que la nación había puesto la confianza en el oro más bien que en Dios. Por ser así se había llegado en el año 1940, cuando todavía los Estados Unidos no habían entrado en la Segunda Guerra Mundial, a tener unas reservas de oro que eran la mitad un poco larga de la suma total del dinero y créditos en circulación por valor de 22.000 millones de dólares, frente a una circulación fiduciaria de dinero y cheques que alcanzaba la suma total de unos 42.300 millones de dólares. A fines del año pasado, el valor de las reservas oro totales había caído a poco más de 12.000 millones de dólares, de los cuales casi 11.000 millones estaban asignados por ley a figurar como reserva monetaria, una situación que resultaba ya completamente insostenible y a la que al fin se hizo frente con un proyecto de ley por el cual se dejaba al dólar sin garantía en oro de ninguna clase, mientras que esa otra circulación subía a casi 185.000 millones de dólares. Una situación extraordinaria, sin duda, y más todavía al darse en un país como los Estados Unidos, el más desarrollado, el más poderoso y el más rico, por supuesto, y en el que la relación entre el oro y la circulación monetaria y crediticia había caído de uno a dos a de uno a quince, aproximadamente.

Y todo ello por mantener lo que en apariencia era o bien insostenible o una monstruosidad, sencillamente. Porque desde el año de 1934, en que, por decisión oficial del Gobierno de los Estados Unidos, se estableció el valor del oro a razón de 35 dólares la onza, este valor se ha sostenido, uniforme, inalterado, en un mundo donde todo lo demás, prácticamente, ha pasado por grandes y con frecuencia constantes cambios. Hasta en los Estados Unidos, donde ha habido, en general, un más alto grado de estabilidad en materia de precios, el valor del trigo se ha multiplicado casi por dos desde 1934; el del maíz, por más de dos; el de la carne de vaca al por mayor, en unas cinco veces, y el de la de cerdo, en unas cuatro veces, mientras que el precio de la plata ha experimentado un alza que se acerca ya a las cinco veces, el del acero ha subido en más de tres veces, el del plomo en tres veces y media y el del cobre en casi cinco veces.

El del oro no se puede alterar, por razones políticas y de gran potencia, se sospecha, mucho más que por ser tan decidido el propósito de hacer que el dólar conserve un valor «igual al del oro», aunque la realidad se empeñe en demostrar que eso es prácticamente imposible. En cualquier caso, en un mundo que tiene el cambio como una de sus grandes, incluso aterradoras, características esenciales. Pero ¿qué puede más, la fuerza de la realidad del ambiente o el poder de los Estados Unidos?

* * *

Esta es una de las grandes cuestiones planteadas en este año de elecciones presidenciales norteamericanas. Otra, ya lo hemos visto—hemos aludido a ella más bien—es la guerra del Vietnam, que ha continuado siendo lo más actual, lo más acuciante, en cualquier caso para los Estados Unidos, de estos últimos tiempos. Por lo menos hasta que surja, hasta que llegue otra vez el tema de los *ghettos* negros, del que no se ha dejado de hablar, es verdad, pero del que sólo ahora, con la proximidad de un verano que se teme pueda ser más explosivo que el pasado, cuando se produjeron casi un centenar de graves incidentes, a veces tan graves como los de Newark o Detroit, con docenas de muertos y pérdidas materiales por valor de docenas de millones de dólares, se empieza a hablar con aire de verdadera inquietud y muy seria preocupación.

Con la ayuda de cosas como esa marcha sobre Washington preparada por el reverendo Martin Lutero King o el informe de la comisión de diez personalidades, entre ellas dos ex gobernadores, un obispo, varios abogados de prestigio y dos presidentes de importantes corporaciones, sobre los desórdenes de Newark, a los que se llegó a dar la categoría de un acontecimiento insurreccional, y que resumido por un corresponsal ofrecía esta impresión:

«Newark, en el Estado de Nueva Jersey, estaba el año pasado, y sigue estando, corrompida, dominada por la confusión y en la incapacidad para gobernarse a sí misma. Cuando la mayoría negra de su población se amotinó el pasado julio, la policía local y del Estado (de Nueva Jersey), a la que posteriormente se sumó la Guardia Nacional, empleó una fuerza excesiva e injustificada, mató a viandantes inocentes con un fuego indiscriminado y estaba en la incapacidad casi total de la cooperación de unos con otros, en gran parte por causa de la diferencia de frecuencias en sus emisoras de radio.»

Con antecedentes, de los cuales es éste sólo una pequeña, casi insignificante, demostración, se habrán tomado, es de suponer, medidas para evitar la repetición y reproducción de semejante estado de cosas. Pero tal vez de lo que realmente se trate es de dar a la vida un sentido emocional, por ser esa quizá la mejor manera de hacer frente a situaciones en las que parece que el destino tiene reservada a la adversidad una participación decisiva. Como cuando el presidente Johnson apareció en un almuerzo, al que asistieron 1.200 personalidades, solemnizado por un coro de la Fuera Aérea, que cantó «La dulce hora de la oración», para advertir a los que le escuchaban, en actitud a la vez solemne y devota: «Puedo—y debo—deciros que en estas largas noches vuestro presidente reza... Estamos cansados del invierno y sentimos la desesperación de la primavera que viene. Estamos tentados a volver la espalda a las tareas del deber...»

Esto o aquello que movió a John W. Gardner a presentar la dimisión como secretario de Salud, Educación y Bienestar, una de las tres altas personalidades que abandonaron la familia oficial norteamericana, el Gobierno, en los momentos en que empezaba en serio la campaña presidencial de este año, porque la guerra del Vietnam había agotado ya, de hecho, todas las posibilidades que pudieron haber existido un poco antes para la construcción de una gran sociedad a corto plazo. «La miseria humana en los *ghettos*—proclamó mister Gardner—no es un capricho de la imaginación. Estamos como pueblo sumidos en una profunda turbación. Y la historia no va a ser generosa con una nación rica que no establece impuestos para la cura de sus miserias.»

En fin, y siempre según mister Gardner, de quien se dijo que podía ser el hombre—republicano, no demócrata—que el presidente Johnson hubiera querido conservar a su lado antes y con preferencia a ninguno otro de los miembros de su familia oficial, eso que en los Estados Unidos se llama Administración: «Ninguna sociedad puede vivir en estado de tumulto constante. Hemos de tener o bien un orden civilizado, en el que la disciplina se ha *internalizado* en el pecho de cada ciudadano libre y responsable, o, antes o después, hemos de contar con medidas represivas dispuestas para el restablecimiento del orden.»

Que es, ciertamente, lo que apunta y se esboza con lo que parecen ser signos inconfundibles en los comienzos mismos de la campaña presidencial de los Estados Unidos en este año turbulento y descorazonador de 1968.

JAIMÉ MENENDEZ.

